

XIV

La población de Gabes, engalanada y brillante, estaba en efervescencia. Los aduares de diez leguas á la redonda se habían quedado vacíos y las familias enteras llegaban por el ferrocarril, en rústicas carretas, á caballo y hasta en burro, envueltas en una polvareda impulsada por un viento del sur, tan ardiente como el desierto que acababa de atravesar. Todos aquellos curiosos iban á asistir á la inauguración del canal construído para unir los lagos con el mar. Los regocijos públicos habían sido anunciados en las aldeas y se sabía que habría regatas en el lago y carreras de nadadores, con premios en dinero. La sociedad constructora pagaba los gastos de la fiesta y la generosidad de Maillane era conocida.

Dartigues estaba hacía tres semanas en su palacio de Hammama, y Claudio Brun, instalado antes que él, vivía en una familiaridad más estrecha que nunca con su socio. ¿Qué nuevo pacto se había concluído entre aquellos hombres? ¿En qué terreno había podido realizarse el acuerdo entre ellos? Ni Remancón, ni Barandet, ni ellos mismos lo sabían. Al llegar á Gabes, Dartigues encontró en el puerto á Claudio que le

estaba esperando. Se estrecharon la mano y el mismo coche los llevó á su palacio. Después de haber comido juntos, se habían encerrado en el despacho de Dartigues y hablado hasta muy entrada la noche. Al separarse para irse á acostar, se habían dirigido una sonrisa de confianza como en otro tiempo y Brun había dicho delante de los criados :

— Está convenido.

Dartigues aprobó con la cabeza. Y no dieron explicación del nuevo acuerdo que los unía, pero lo que estaba fuera de duda es que existía el acuerdo y que ambos parecían haber olvidado sus mutuas injurias. Y sin embargo; cuántas razones tenían para odiarse! Los sueños de ambición del uno y el deseo imperioso del corazón del otro habían fracasado por sus mutuas culpas. Dartigues podía acusar á Claudio de haberle arruinado desde el punto de vista político, y Brun tenía derecho de acusar á Dartigues de haberle robado su dicha.

Debían, pues, execrarse y, sin embargo, se sonreían como hermanos en aquel palacio suntuoso. Ambos paseaban por las noches en los jardines llenos de flores y de plantas costosas que hacían de aquella residencia un verdadero paraíso. Dartigues pasaba una parte del día en las obras y dominado por la fiebre de la actividad, vigilaba los últimos trabajos del canal. Se habían construído gigantescas esclusas, separadas del Mediterráneo por unas puertas de hierro que se movían por medio del vapor. Unas enormes máquinas abrían ó cerraban en pocos minutos aquellas barreras y llenaban ó dejaban en seco los depósitos, destinados á la construcción y la reparación de buques.

Estando vacíos, los depósitos, revestidos de fábrica y embetunados, parecían construcciones ciclópeas.

Unos pilares de piedra formando arcos rodeaban simétricamente de un cinturón monstruoso aquel puerto que el genio industrial había creado por entero. A Dartigues le gustaba pasearse por el canal que debía conducir el agua al depósito. El sencillo mecanismo que ponía en movimiento las puertas de hierro, le admiraba. Aquellas masas gigantescas giraban sobre su eje en pocos segundos y daban paso á una formidable tromba de agua. Una escalera de caracol destinada á los buzos, permitía bajar y subir á la esclusa, y por allí entraba siempre Dartigues.

En el día de la fiesta Dartigues había dado un gran almuerzo á las autoridades y á los amigos en el vasto comedor del palacio. Nunca el hombre de negocios había parecido más ingenioso, é hizo los honores de su suntuosa morada con una amabilidad sonriente que conquistó á todo el mundo. El general de división, que no se encontraba á gusto entre aquellos inteligentes hombres de negocios, acabó también por dejarse ganar por la cordialidad del dueño de la casa.

El representante de la administración civil estaba en sus glorias. Los trabajos de Gabes, tan prontamente terminados y tan importantes para el país, aseguraban á su ministro un éxito en la Cámara cuando llegase la discusión del presupuesto. Ya podían criticar al residente general después de una obra tan grandiosa; el gobierno sabría qué responder. Y tales resultados se debían á Dartigues. Barandet y Remancón se paseaban por los arcos árabes llenos de adelfas y de tamarindos, que defendían la terraza del calor y del sol, y trataban de fomentar el entusiasmo del funcionario.

— ¿Es posible que un hombre como Dartigues no sea diputado? El gobierno ha manifestado una debilidad deplorable en la elección de Maillane, al dejarse

vencer por los socialistas é intimidar por Barres. Pero debe buscar un distrito para un hombre tan útil y tan adicto. Con el puerto de Gabes, en el que puede ponerse al abrigo la flota francesa entera, en caso de guerra, para esperar la ocasión del ataque, y el puerto de Bicería por el otro lado, nuestra dominación en el Mediterráneo está asegurada.

— Sin duda...

— Bastantes médicos y abogados hay en el Parlamento. Es tiempo de llamar á él á los hombres prácticos.

— Es cierto.

Los « sin duda » y los « es cierto » del representante del gobierno empezaron á parecer monótonos á los dos turiferarios, y decidieron acercarse al general, que estaba fumándose un buen cigarro y tomando café con los personajes oficiales. Dartigues recibió el correo de la metrópoli y se encerró en su despacho para leerlo. Faltaba todavía una hora para la apertura de las esclusas. En una eminencia se había colocado una sección de artillería para saludar con veinte cañonazos la inauguración del puerto y su toma de posesión por el Estado. Mientras los invitados contemplaban aquel curioso espectáculo, Claudio Brun se aproximó á Barandet y le preguntó :

— ¿ Dónde está Dartigues?

— Debe estar en su despacho leyendo el correo...

— El director de los trabajos le busca para pedirle instrucciones.

— ¡ Bah! Tiempo tiene.

— ¡ No! Dice que es urgente...

— Vaya usted, entonces, á decirselo á Dartigues. Claudio Brun se alejó. Dartigues estaba en su despacho leyendo una carta de Pedro y una sonrisa de felicidad

resplandecía en su semblante. Hacía tres meses que había dejado París después de haber casado á Pedro con Bella, y los veía con la imaginación en su modesto nido de la calle de Rennes, amueblado con comodidad pero con sencillez, pues ambos esposos habían tan sólo aceptado de sus padres lo necesario para vivir, condición impuesta por Pedro y aceptada por Bella. El joven no había sido dotado por su padre y no aceptó nada más que del doctor Appel. Y Bella recibió de su madre un modesto dote de doscientos mil francos. ¡ Pero eran dichosos!

Dartigues salió la víspera de la ceremonia para Gabes, donde le esperaba Claudio Brun. La boda se hizo sin su presencia, pero en el momento de la partida encontró en la estación á Pedro y á Bella, que iban á despedirle. Se sentía perdonado y veía que le amaban, y esto le había ayudado á sacrificarse cumpliendo así su deber. En este momento, en su espléndido despacho, decorado con todo el lujo oriental, pensaba en sus hijos, evocados por la cariñosa carta que acababa de recibir. De pronto sonó un golpe seco en la puerta y una voz preguntó :

— ¿ Estás ahí?

Claudio apareció y Dartigues le salió al encuentro.

— ¿ Qué hay?

— Asuntos del servicio. Se trata de que des las últimas órdenes para la apertura de las esclusas... El director te está esperando...

— Voy.

Dartigues salió, vuelto á la preocupación de su grandiosa empresa. Claudio le siguió por la galería y cuando le vió hablando con el director, volvió á entrar en el despacho. La carta abierta encima de la mesa había atraído su mirada, adivinando que era de Pedro

y de Bella. Miró á todos lados como un ladrón, para ver si estaba solo, y cogió rápidamente el papel. Su mano tembló y su cara se puso pálida. No se había engañado; la carta era de Pedro. La leyó y un sudor frío cubrió su cara desfigurada por la desesperación y por el odio. Tenía ante los ojos en aquella horrible carta todo el amor de Bella y de Pedro, franca y tiernamente descrito por un poeta enamorado. En aquel papel estaban su embriaguez, su dicha, sus esperanzas. Y en el silencio de aquella habitación alta y sombría, Brun gritó de dolor, blasfemó, y abatido después, cayó en una silla y se echó á llorar. Aquel era para él el suplicio supremo. Hasta entonces había logrado, si no olvidar, desterrar al menos de su pensamiento la imagen de los dos jóvenes unidos. Y de pronto esa imagen se apoderaba de él, violenta y brutal. ¡ Era demasiado!

Volvió á leer á media voz la última frase : « Querido padre, á quien debemos toda esta dicha, gracias desde el fondo de nuestros corazones... » ; Sí, á Dartigues se debía aquella dicha. Dartigues era el que había anadado á Claudio y le había obligado á renunciar á su venganza, á sufrir la afrenta recibida y á marcharse como un cobarde, cuando hubiera sido tan delicioso para él matar á aquel rival joven, bello y amado. ¡ Y había cedido á las amenazas de Dartigues é inclinado la frente ante la fatalidad!...

Le parecía oír aún la voz de Dartigues diciéndole : « No te batirás con Pedro, sino conmigo, y puedes estar seguro de que te mataré. » Era cierto; estaba seguro. Sentía que Dartigues le hubiera matado y había tenido miedo. ¿ Miedo de qué? ¿ De morir? ; No! ¿ Qué valía la vida? ¿ Miedo de no poder un día vengarse seguramente? Sí. ¡ Vengarse! Era preciso que lo hiciera, pues la existencia se le hacía imposible.

¡ Asistir á una nueva apoteosis de Dartigues era demasiado! Arrojó la carta en la mesa como si le quemase los dedos y salió con el cerebro enloquecido por las ideas que en él se entrecrocaban.

En la orilla del canal estaban reunidas las autoridades bajo un toldo. En medio del gran depósito, en el que hubieran podido evolucionar veinte navíos, estaba Dartigues solo. Orgullosa de su obra, se disponía á dar la seña para la entrada de las aguas en el puerto construido por él. Vió á Claudio y le hizo seña de que fuera á reunirsele. Brun bajó por la escalerilla de la esclusa y se dirigió hacia su socio. Sobre el último escalón había una puerta de hierro que el agua debía cubrir cuando la esclusa estuviese llena. La llave estaba en la cerradura. Claudio cerró con dos vueltas y se metió la llave en el bolsillo. Sus labios se contrajeron con una sonrisa y su pálido semblante se coloreó al murmurar :

— ¡ Ahora soy dueño de su vida !

Bajó y encontró á Dartigues que entraba en la esclusa. Resplandeciente de dicha ante su sueño realizado, dijo á Claudio :

— ¡ Hermoso día para nosotros ! El jefe de gabinete del ministro me ha dicho que vas á ser nombrado oficial de la Legión de Honor, y yo...

Se detuvo como si la alegría le ahogase :

— Yo seré candidato á la elección senatorial del mes que viene, en el Gard... Esta vez la victoria es segura, pues no tendré contrincante serio... ¡ Al fin se realizarán mis ambiciones !

— ¡ Es justo ! dijo Claudio. ¿ Dónde estaría la justicia si no fueras recompensado ?

El tono de estas palabras hizo aprestar el oído á Dartigues, que preguntó :

— ¿ No estás contento con lo que te dan ?

— ¿ La roseta ? ¡ Gran cosa !

— ¿ Quieres algo más ? Habla. En este momento no nos negarán nada.

— No, no deseo nada. Pero todo el mundo espera ; da la seña.

— La daré cuando lleguemos á la escalera de la esclusa... Desde allí, el espectáculo de las aguas rodando en una inmensa ola será espléndido. He reservado ese sitio para nosotros dos solos.

— ¿ Cuánto tiempo tarda en llenarse la esclusa ?

— Diez minutos.

— Entonces puedes dar la seña. Estamos en la escalera.

Dartigues levantó la cabeza y vió al director de los trabajos que esperaba su orden. Alzó entonces el sombrero y con voz de triunfo gritó :

— ¡ Abrid !

Claudio y él subieron al primer piso. Un ancho y grueso espejo incrustado en cobre permitía ver la esclusa. Las máquinas empezaron á funcionar y las aguas se deslizaron por la abertura en hilos de plata, crecieron en seguida y convertidas en gigantesco torrente de agua verde, se precipitaron en el canal con ruido de trueno. Claudio y Dartigues seguían en el primer recodo de la escalera, como fascinados por aquel espectáculo. El agua, al lamer los primeros escalones, los sacó de su distracción.

— Subamos, dijo Dartigues.

Pasó el primero, llegó á la puerta y no encontró la llave. La sacudió con fuerza, pero la puerta resistió. Se volvió, muy pálido, hacia su compañero y exclamó :

— ¿ La llave ?

— ¿ No la tienes tú ?

— ¡No!

— El agua sube, dijo fríamente Claudio.

Dartigues hizo temblar de un puntapié el pesado cerco de hierro y exclamó:

— ¡Abrid! Estamos cogidos entre la puerta y el agua...

— ¿Cómo quieres que te oigan? dijo en tono sarcástico Claudio. El ruido del agua cubre tu voz. Apenas te oigo yo, que estoy á tu lado.

Al oírle, Dartigues comprendió, como iluminado, y su cara tomó una expresión terrible.

— ¡Miserable! gritó. ¿Has cerrado tú esta puerta?

— ¡Yo, sí! respondió Claudio.

— ¿Dónde está la llave?

— En mi bolsillo.

— ¡Dámela!

Claudio movió la cabeza sin responder.

— ¡Esa llave es la vida! rugió Dartigues. ¡Dámela! Claudio, entonces, se irguió terrible y dijo arrojando á su socio en una mirada todo su odio:

— ¿Me has dado tú la mujer á quien yo amaba?

— ¡Ah! Cobarde, yo te forzaré á abrirme paso...

Y se precipitó sobre Claudio, pero éste sacó la llave y con un rápido ademán la arrojó á la esclusa. Entonces Dartigues, espantado, en aquella escalera que se llenaba de agua y ante aquella puerta que resistía á sus esfuerzos aunque él se deshacía los puños golpeándola, se volvió loco. Lanzó un grito desesperado, cogió á Claudio por la garganta y á pesar de su resistencia, de sus golpes, de sus arañazos y de sus mordiscos, le arrastró con él á las ondas negruzcas que bañaban ya sus pies.

.....
Barres, Pedro y Bella estaban reunidos en el salón

de los señores de Appel, con quienes habían comido. Pedro y su mujer estaban de luto riguroso, por Dartigues, que había muerto hacía seis meses. Barres, que por permiso especial, estaba fumando su pipa, dijo, rompiendo el silencio:

— ¿Has terminado tus negocios con el notario?

— Sí, dijo Pedro. Los derechos de transmisión han sido pagados.

— ¡Y han sido enormes! dijo Francine.

— ¡Demasiado módicos aún! exclamó Barres. La herencia es una monstruosidad desde el punto de vista humanitario. Y socialmente no está contrarrestada sino por la toma de posesión por el Estado, en forma de derechos... ¿Quieren ustedes explicarme por qué es justo que los millones de Dartigues pasen á Pedro?

— Y tú, dijo Appel, por mucho talento que tengas ¿eres capaz de demostrarnos que la fortuna de un padre debe pasar á los extraños en vez de ir á su hijo?

— Sí, ya sé que con vuestras ideas burguesas...

— Mi querido Barres, dijo con dulzura Francine; reformen ustedes la sociedad mejorándola, si pueden. Pero no traten de tocar á la herencia en Francia. La herencia es la consecuencia normal de la idea de familia... Y el día en que quieran poner mano á la constitución de la familia, tendrán ustedes en contra á todas las mujeres y estarán perdidos...

Barres no respondió y siguió fumando. Al cabo de un instante, dijo á Pedro:

— En suma ¿cuánto heredas?

— La fortuna de mi padre está valuada en veintidós millones.

— Pongamos treinta.

— Convenido.

La mirada de Barres brilló y su boca se contrajo con malicia.

— Con tus gustos y tus costumbres, vas á estar muy embarazado con todo ese dinero. ¿Qué vas á hacer de él ?

Pedro dirigió una mirada á Bella, que sonreía tiernamente, y dijo :

— Haré lo que mi madre y el doctor me han enseñado con su ejemplo : dedicarlo al bien de los desgraciados.

Al oír estas palabras, testimonio de su victoria moral, las lágrimas brillaron en los ojos de Appel. Comprendió que cogía en aquel momento el premio de todas las desdichas pasadas. Se levantó y poniendo la mano en el hombro de su hijo adoptivo, dijo sencillamente :

Acabas, hijo mío, de recompensarme plenamente de todo lo que haya podido hacer por ti. ¡ Te doy las gracias con todo mi corazón !

FIN.

